

SARGENTO GARCIA ESTEBAN

• EL CARRISTA CIEGO

LOS carros de combate, denominados inicialmente «carros blindados», participaron en la campaña de Africa desde marzo de 1921, y su primera intervención puso de manifiesto una serie de carencias y servidumbres que hubieron de solventarse en poco tiempo: fallos en las ametralladoras, excesivo consumo de combustible, movilidad limitada, etcétera.

Tras el «desastre» de Annual, el mando militar de la zona de Melilla inició una vasta operación de reconquista en la que el carro jugó un papel importante; entre otras razones, porque el enemigo se había organizado tanto en sus planteamientos tácticos como en su capacidad de fuego. La reciente victoria sobre las tropas españolas hizo que Abdel-Krim se sintiese un Napoleón africano con aspiraciones renovadas respecto a sus iniciales actuaciones de caudillo guerrillero.

La penetración española en el territorio melillense exigía de un constante apoyo logístico a las líneas más avanzadas y estas operaciones de abastecimiento sólo podían realizarse a base de convoyes protegidos por numerosa escolta. En el convoy a Tizzi-Assa, línea extrema del dispositivo militar español, participaron varias unidades el día 5 de junio de 1923, y en aquella jornada fue tal la encarnizada oposición del enemigo y tan heroica la respuesta de las tropas españolas, que resultaron laureados tres

hombres, dos tenientes y el sargento carrista Mariano García Esteban.

Este aragonés había nacido en la provincia de Teruel en 1894, era ya un sargento veterano, contaba 29 años de edad y seis de empleo. Desde la llegada de los primeros carros a España se sintió atraído por la nueva arma y realizó el curso de ametrallador en la Escuela Central de Tiro, pasando a Melilla seguidamente en la primavera del 22. An-

TRAS EL «DESASTRE»
DE ANNUAL, EL MANDO
MILITAR DE LA ZONA
DE MELILLA INICIO
UNA VASTA OPERACION
DE RECONQUISTA,
EN LA QUE EL CARRO
JUGO UN PAPEL
IMPORTANTE.

tes de su gloriosa hazaña, había sido citado varias veces como distinguido en la orden de la Comandancia y su personalidad como soldado brillaba ya con luz propia en el territorio marroquí.

El convoy a Tizzi-Assa se había detenido ante una barrera de trincheras perfectamente defendidas por el enemigo. El mando ordenó la intervención de la compañía de blindados del capitán Mercader. En la sección de la izquierda, al cargo del segundo carro por este ala, iba García Esteban, y el blindado del



extremo al mando del alférez Sánchez Zamora. Avanzó la sección y a poco de rodar las cadenas hacia la morisma quedaba fuera de combate el vehículo guía. Al sargento correspondía, pues, cubrir con el suyo los dos frentes; de lo contrario, el enemigo podía infiltrarse y envolver por retaguardia al resto de la unidad. García Esteban aceleró la maniobra, batió el sector atrinchado y pudo observar cómo el enemigo se replegaba en masa hacia un morabito constituido en posición defensiva de considerable eficacia.

El consumo de combustible era obsesionante para los carristas. García Esteban ordenó al cabo conductor avanzar lo imprescindible hacia el objetivo y, una vez en posición, mandó parar el motor. Una lluvia de balas repiqueteó sobre la coraza. Los del morabito enfilaron sus cañones hacia aquel monstruo de acero que se plantaba desafiante frente a ellos. Ya sin vibraciones que impidiesen la puntería, el sargento empuñó la ametralladora y desde el interior de la masa inerte salieron lenguas de fuego que sembraron la muerte entre los defensores del reducto marroquí.

Cruzábanse los proyectiles entre ambos objetivos. Al morabito lle-

EL HEROE CIEGO

Para el homenaje de don Mariano García
Esteban, Caballero de San Fernando, del
Cuerpo de Inválidos.

*"¡A morir, los caballeros!", por la Bandera Española,
es el lema que en el pecho lleva escrito el militar.
¡Dulce suerte la del hombre que por la Patria se inmola
y envuelto en la noble enseña llevan su cuerpo a enfierrar!*

*¡A morir, los caballeros!, luchando por su grandeza,
ágiles, en cuerpo y alma conscientes de su deber,
para ofrendarle gustosos con amor y gentileza,
la juventud y alegría, el reposo y el placer.*

*¡A morir los caballeros! ¡Tú diste más que la vida!
Esa luz que la hace grata y hace surgir la ilusión...
¡Pero te besó en la frente nuestra Madre, agradecida,
y el resplandor de la Gloria resfulge en tu corazón!*

E. JIMENEZ DE BUEN,
Maestro Herrador Forjador.



Versos publicados en la revista
«Vida Militar» el año 1929.

observó cómo García Esteban seguía disparando; conservaba en la memoria la posición exacta del objetivo y lo batía con la misma precisión que en el primer disparo del combate. El dolor de aquel hombre no pudo ser observado por el enemigo, que ya abandonaba su posición, dejando expedito el camino a la vanguardia del convoy.

Agotada la munición, García Esteban ordenó poner en marcha el carro y regresar a retaguardia, donde se hallaba agrupada la compañía. Al salir del vehículo, según testimonio que prestaron en su día

**METAL Y CARNE
VIBRABAN AL UNISONO
EN AQUEL INFIERNO DE
GASES Y ESTAMPIDOS**

gaban en bandada los huidos de toda la línea batida ya por la compañía, y en escasos minutos, quedaba establecido un duelo a muerte entre el carro núm. 9 y los supervi-

**LOS DEL MORABITO
ENFILARON SUS
CAÑONES HACIA AQUEL
MONSTRUO DE ACERO
QUE SE PLANTABA
DESAFIANTE FRENTE
A ELLOS.**

vientes de la resistencia musulmana; García Esteban plantaba cara en solitario a más de un centenar de bien armados guerreros de Abd-el-Krim.

Pegado al visor, se mantenía el sargento como una pieza más del

arma. Tensos los dedos, agarrotados sobre el disparador y la vista fija en el enjambre de agarenos, apenas el estruendo de la granizada y el calor sofocante del interior del carro influían en su estático semblante. Metal y carne vibraban al unísono en aquel infierno de gases y estampidos.

Por un instante el cuerpo de García Esteban pareció recorrido por una descarga eléctrica. Sus hombros se arquearon, levantóse sobre los talones en convulso movimiento, y en un espasmo de infinita angustia se abrazó el disparador de la ametralladora contra el pecho. Al momento, un baño de sangre le empapaba el rostro. Un proyectil había entrado por el visor, rompiéndolo en minúsculos fragmentos de cristal. El ojo apoyado en el visor colgaba fuera de la órbita y la tremenda lesión le había dejado ciego.

Atónito el conductor del carro

varias personas, su rostro estaba tan desfigurado que nadie le reconoció en el primer momento. Ante el asombro de su jefe más inmediato, sólo contestó: «¡Qué le vamos a hacer, mi capitán! Todo sea por la Patria.»

El sargento García Esteban pasó al Cuerpo de Inválidos, donde alcanzó, no hace muchos años, el empleo de general de brigada. Por su heroica acción le fue concedida la Medalla Militar en 1923 y cinco años más tarde la Cruz Laureada de San Fernando.

Los suboficiales y sargentos de 1929, abrieron una suscripción en «Vida Militar» para obsequiarle con una casa en el Campamento de Carabanchel, «donde —decía la convocatoria— nuestro compañero pueda sentir frente a su puerta el paso de las tropas y escuchar los toques de corneta en cada acto de la vida de cuartel».